

mo fascista, anti-humanista, y que es el modo de reacción burgués en el instante de máxima convulsión interna del capitalismo; el humanismo cristiano, religioso e idealista; aunque de orientación antiburguesa, anticapitalista y antifascista; puntos todos que merecen al señor Saidel nutridas observaciones y críticas.

Termina su vigoroso ensayo con el estudio del socialismo como expresión del verdadero humanismo y del proletariado como la clase que lo representa. Todo humanismo contemporáneo no puede ser sino proletario. Sólo con la liberación del trabajo por la instauración de la sociedad socialista puede el hombre emanciparse efectivamente. La liberación del trabajo se hace posible bajo el régimen socialista: pone fin a su alienación por la supresión de la propiedad privada de los medios de producción lo que permite al trabajador disfrutar de las conquistas de su esfuerzo laborioso.

El ideal vital del humanismo socialista y proletario radica en la idea del renacimiento de la humanidad como consecuencia de la liberación del trabajo. Considerado desde un punto de vista ético, si la libertad y la justicia constituyen los grandes valores de este humanismo, el hombre, y sólo él, es el fin por conquistar: historia llamamos a su devenir real y el trabajo es su modo profundo de realización, radicando en los oprimidos el fermento dinámico y constructivo.

«HISTORIA DE CHILE» DE F. A. ENCINA.

Hemos leído los tomos XIII y XIV de la monumental «Historia de Chile», de don Francisco A. Encina Armanet. En ellos contempla las administraciones de los presidentes Manuel Montt (1851-1861) y José Joaquín Pérez (1861-1871).

El gobierno de Manuel Montt merece un detenido y muy favorable estudio del señor Encina. En sus páginas se refleja la pasión admirativa del monttino fervoroso que ha sido el au-

tor, siguiendo una precisa línea familiar. Trata de demostrar cómo Montt fué impuesto presidente por la aristocracia, pero que ésta jamás lo consideró enteramente suyo. Su fuerza residió en el elemento modesto de la administración pública, en los acaudalados propietarios provincianos, en los sectores militares y civiles descendientes de la vieja aristocracia colonial arruinada y desplazada del poder. Lo apoyaron devotamente, aunque «no era psicológicamente uno de los suyos; pero era el Mesías que su subconsciente esperaba; el vengador cuya planta debía hollar la soberbia del vasco advenedizo que suplantó a sus antepasados». De ahí que Manuel Montt haya tenido que luchar no sólo contra sus enemigos doctrinarios, ideológicos, los liberales, o neoliberales, como dice el señor Encina, sino que con la fronda aristocrática, sobre todo desde que se agrega el motivo religioso en esta contienda.

El retrato psicológico de Montt ocupa varias páginas y en ella menudean los más generosos elogios; lo recarga de tal manera que la personalidad histórica real de Montt se esfuma para dejar un cuadro ideal, una grandiosa, perfecta y solemne estatua. Montt, según el señor Encina, posee admirable claridad y cordura intelectuales; recio andamiaje moral; poderoso instinto político; un fondo de profunda bondad humana; una fuerza magnética avasalladora, que emana directa sobre los hombres y los domina; es un gran conocedor de hombres, «tal vez el mayor de los que registra la historia de la América española», y, en un remache de conjunto, afirma que «no afloraron en don Manuel Montt desconformaciones cerebrales; su psiquis fué sana y normal. Pero, más allá de su intelecto, c'aro, poderoso, positivo y lógico, de genuina cepa catalana, latía un fondo místico inaparente, que se inflamó en el grandioso propósito de forja: una nación ordenada, sobria, culta y progresista, con los pobres elementos que nos legó la Colonia y las fuerzas espirituales de la sugestión portaliana».

A su colaborador cercano, don Antonio Varas, lo considera igualmente un cerebro poderoso, «de un vigor semigenial», con un vivo sentido de la realidad, una asombrosa amplitud de pensamiento y una vivísima sensibilidad cerebral, única en la larga serie de los estadistas y políticos chilenos.

En el tomo XIV trata el gobierno de J. J. Pérez, que «durmió una siesta de diez años». Este volumen es interesante porque en él don F. A. Encina se mueve por sus propios medios; ya no puede aprovechar los trabajos generales que lo ayudaron en sus anteriores volúmenes. Barros Arana lo acompaña hasta 1833 y en el decenio de Bulnes; Sotomayor Valdés en el de Prieto y Alberto Edwards en el de Montt. Desde 1861 no existen trabajos de conjunto; el señor Encina es el primero quien lo realiza (no tomamos en cuenta la obra del señor Agustín Edwards M. C.: «Cuatro Presidentes de Chile», por estimarla muy somera) en este tomo, en forma amplia y abundante. Y de aquí en adelante continuará solo hasta terminar en el conflicto de 1891 y el gobierno de Balmaceda, período sobre el que existen valiosos estudios.

En estos dos tomos son admirables los capítulos dedicados al desarrollo económico. La evolución económica durante los años 1841-1861, con su brillante período de expansión, 1849-1856 (época de los mercados de California, 1849-1853, y de Australia, 1856-1863) y, luego, de grave depresión y crisis, 1857-1861, está considerada en forma magistral. Estos capítulos los estimamos de gran importancia e interés, porque es desde esta fecha que se constituye vigorosamente la burguesía nacional, que le imprimirá carácter peculiar a toda la segunda mitad del siglo XIX. Lo extraño es que el señor Encina, que en su obra trata de llenar el vacío de la deficiente información económica y social de los anteriores historiadores, no establezca ningún nexo entre el avance y transformaciones de la base económica y la acción política, para darle una explicación sociológica al proceso histórico. Prefiere señalar los factores de

raza y los psicológicos, como los determinantes de la acción colectiva e individual.

Los dos tomos mencionados abundan en las excelencias y en los defectos de la particular creación enciniana. Lo que es indiscutible es que se leen con interés y agrado.

\* \* \*

Desde 1940 comienzan a salir a luz los volúmenes de la magna «Historia de Chile», de don Francisco A. Encina. Esta inmensa empresa tiene por objetivos esenciales los siguientes: 1.º Dotar a la literatura nacional de una historia general del país que presente su desarrollo desde la Prehistoria hasta 1891, con un criterio vertebrado y uniforme, llenando el vacío existente desde 1861 a 1891. 2.º Entregar una renovada interpretación de todo el proceso nacional a la luz de la nueva e inmensa documentación acumulada desde fines del siglo pasado en adelante y de acuerdo con las actuales concepciones históricas. 3.º Presentar tan imponente trabajo con un estilo animado, evocador y sugerente, pleno de vida, imaginación y colorido, salvando el rasgo saliente de los historiadores chilenos, que, según el señor Encina, es: «la inercia o miopía cerebral que limita la visión del suceder a un hacinamiento material de hechos y hombres».

En tal sentido, para servirnos de la tríada dialéctica, F. A. Encina continúa, niega y supera la «Historia General de Chile», de Diego Barros Arana. Su principal empeño es el de enmendar los errores que habrían cometido los grandes historiadores del siglo XIX; llenar los vacíos en cuanto a documentación e interpretación; delimitar los campos de la erudición fatigosa y de la historia selectiva. Afirma que a Barros Arana, M. L. Amunátegui, R. Sotomayor Valdés, C. Errázuriz, su «insensibilidad cerebral» no les permite aprehender el fondo de los sucesos, de los hombres y del encadenamiento histórico, y

la pobreza de imaginación evocativa les impide representarse acertadamente el suceder con sus contornos coloreados y brillantes. Para él los historiadores vascos del siglo XIX son «miopes cerebrales que cogen los hechos al bulto, sin captar su sentido histórico». Asimismo, los acusa de no dominar la historiografía en cuanto teoría de la historia, ni las ciencias afines: la antropología, la sociología, la psicología y la economía política. Esta acusación supone que la cultura de esos historiadores habría sido muy débil y que la capacidad cerebral de cada uno de ellos era muy mediocre.

El señor Encina demuestra cierta simpatía por Vicuña Mackenna, pero, entre otros reparos, lo acusa de exagerarlo todo sistemáticamente. Estima opuestas las dotes que hacen al erudito y las que hacen al historiador y, en su concepto, el mérito de la literatura histórica chilena del siglo XIX reside, exclusivamente, en la investigación y en el acopio de materiales para la historia. Por otra parte, les reprocha a los historiadores del siglo XIX, y en particular a los de tendencia liberal, su endoctrinamiento y sus postulados políticos, porque ellos los llevaron a ahondar la distancia entre la realidad y el esquema histórico que la representa. Es así como los hechos en sus obras están engastados en la armazón preconcebida, impuesta por los enciclopedistas y los demás autores de la leyenda negra contra España, dándoles una equivocada visión del régimen colonial español y del desarrollo histórico del pueblo chileno. Confiesa el señor Encina su violenta reacción contra la mística liberal y antirreligiosa de los historiadores liberales del siglo XIX y contra su deslumbramiento por el «saber de ropa hecha». Y de esos historiadores quién recibe sus descargas más nutridas y constantes es don Diego Barros Arana.

F. A. Encina estima que Barros Arana se habría propuesto dar a su obra un doble carácter de enciclopedia o diccionario histórico y de una crónica con ribetes de historia. El erudito logró el primer objetivo en una forma que no ha sido superada

en la América española; en cambio, fracasó en su segundo proyecto, porque los dos objetivos se excluían: el diccionario histórico exige el registro de todos los sucesos y datos; y la historia, la selección del material en el sentido de producir la imagen fiel y viva del pasado. Es que Barros Arana, según Encina, es más un erudito que un historiador y así lo expresa en un párrafo que pasamos a reproducir: «Las dotes intelectuales de Barros Arana, se avenían con la erudición, pero no con el cultivo de la historia. La inercia cerebral le impedía captar los factores espirituales del suceder, absorber el contenido del material y transfigurarlos en una imagen del pasado. Su excesiva limitación intelectual lo condenaba a resbalar por la superficie de los sucesos y de los actores. Su apasionamiento, deliberadamente disimulado por la frialdad de la narración, deformaba los sucesos y los hombres en una medida incompatible con la historia objetiva».

Este trozo sintetiza los reparos del señor Encina a Barros Arana y evita reproducir los numerosos juicios de todo orden en su contra que, desgraciadamente, emite con demasiada frecuencia e injusticia. Le reprocha endoctrinamiento y apasionamiento, en circunstancias que el señor Encina peca con mayor intensidad en este aspecto; llega a negarle competencia y el largo trabajo preparatorio que hace posible la ardua tarea de escribir la historia de un pueblo, cuando Barros Arana desde joven se alistó para esa empresa y sus diversos trabajos parciales o especializados los hizo en función de su «Historia General de Chile», y cuando llegó a poseer una cultura enciclopédica asombrosa, hechos que el mismo señor Encina reconoce en ocasiones aisladas, a la vez que alaba la penetración de muchos de sus juicios y retratos. Frente a este sombrío panorama de la historiografía del siglo XIX esbozado por el señor Encina ¿cuáles son sus condiciones y méritos que le han llevado a emprender la tarea que ha tenido por objetivo superarla y rehacerla?

Sabemos por sus propias declaraciones que desde niño ha poseído una permanente vocación por los estudios filosóficos y científicos. Ha analizado y dominado los grandes sistemas filosóficos; la ciencia histórica; la etnología y economía política; la sociología, psicología y biología. Su preparación filosófica y científica, según sus confesiones, sería vasta e indiscutible. En 1912, con la aparición de sus ensayos «Nuestra inferioridad económica» y «La educación económica y el Liceo», se reveló como un experto sociólogo. Y también demostró una competencia similar en el campo de la economía política, según lo acreditan polémicas, discursos y artículos diversos de esa época.

Por otra parte, él mismo, que concede una extraordinaria importancia a la imaginación y a la intuición en el análisis histórico, se reconoce «una sagacidad psicológica espontánea, que le permite coger los hombres y los acontecimientos directamente de la realidad, sin razonarlos», misterioso poder que, indudablemente, le ha dado una gran ventaja con respecto a los anteriores investigadores y que ha explotado abundantemente en su obra histórica.

En seguida, afirma que ha concebido y trazado su historia de Chile como conocimiento objetivo, ajeno a todos los postulados y los sentimientos extraños al propio suceder, ayudado por el estudio de la nueva e inmensa documentación acumulada desde el comienzo de la labor titánica de don José Toribio Medina; y por su poderosa capacidad y sensibilidad cerebrales.

Tampoco es de desdeñar el conocimiento directo y concreto de la vida, en sus múltiples facetas, que ha poseído el señor Encina antes de emprender su obra: agricultor acaudalado; político de figuración, del partido nacional o monttino; parlamentario en dos períodos (1906-1912); articulista en diarios capitalinos y amigo personal de muchos de los grandes figurones en el manejo de la «cosa pública». Como todo auténtico historiador no se ha marginado de la vida activa de su patria, sino que ha participado con intensidad en ella. ¿Ha conseguido el

señor Encina, con sus dotes indicadas, llevar a cabo en forma exitosa su propósito? Desde un punto de vista material lo ha logrado, puesto que su obra, según el plan inicial, está terminada y casi próxima a aparecer en su totalidad. Sabemos que está en prensa el volumen décimoquinto y los demás saldrán en el curso del presente año, de tal suerte que a comienzos del próximo año se habrá publicado totalmente.

En cuanto a la actitud del público, decisivo juez en este pleito, ha sido de una calurosa adhesión. Los diversos tomos se han agotado. El primero y segundo han merecido tres ediciones y los demás ya las exigen.

Sin lugar a dudas, el señor Encina se hace leer con agrado; su obra arrastra y fascina, llamando la atención su estilo fácil, pleno de pasión y nervio, sembrado de comparaciones extraídas de la vida rural, tan cara a todos los chilenos; su terminología característica y pintoresca; su capacidad de invectiva y su total falta de respeto hacia las grandes figuras, a las que despoja del mármol que las rodea, para inyectarles vida y movimiento, no ocultando sus vicios y flaquezas, sus errores y éxitos, en extensos retratos. Ha conseguido su finalidad primordial: renovar los moldes de la historiografía nacional, hasta aquí descriptiva, inanimada, sin calor ni color; y entregar, en su reemplazo, una obra dinámica, jugosa, repleta de vigor y frescura.

Encina nos traza una historia del país que no olvida ninguno de sus aspectos: analiza las personas y los hechos, no individualizados secamente, como coleccionista, sino subordinados a los movimientos generales, al conjunto de la vida, de donde dimanan su energía vital y su interés.

¿Cuáles son sus defectos más resaltantes y que tornan peligrosa su interpretación histórica? Los defectos más graves del señor Encina fluyen de su obstinada adhesión a las teorías que ven en la raza el factor más importante de la historia, tal como Gobineau, Vacher de Lapoude y H. S. Chamberlain, lo han sostenido en el siglo XIX. Y para estar en perfecto acuer-

do con sus maestros ha descompolvado la envejecida teoría de Nicolás Palacios, formulada en su libro «Raza Chilena», según la cual los españoles que conquistaron a Chile eran de ascendencia germánica. Este mayor porcentaje de sangre goda que circula por las venas de la población chilena ha influido en su temperamento y carácter, diferenciándolos de los demás pueblos latinoamericanos. En términos concretos, según esta teoría de Gobineau-Palacios-Encina, los chilenos somos «de raza superior» dentro del conjunto latinoamericano. Para superar la contradicción que supone esta teoría con la realidad, en la que los vascos se constituyeron en clase dominante, a la que se agregan después elementos franceses, irlandeses, sajones, etc., el señor Encina afirma que la capa vasca sólo recubrió la base goda, sin destruirla, a fines de la Colonia. Su insistencia sobre la alta proporción de sangre germana de los peninsulares que dominaron a Chile, donde se concentra en forma tal que que habría influido poderosamente en su constitución étnica y en sus rasgos psicológicos, no puede asentarse sobre ninguna base seria; entonces, el señor Encina, recurre exclusivamente a sus fina «sensibilidad cerebral» y a su sagacidad intuitiva, de la que carecieron los historiadores vascos del siglo XIX, para demostrarla y explicarla: así es corriente que hechos complejos o actitudes extrañas dentro del proceso histórico, los despache con la somera afirmación de que los primitivos impulsos de legítima cepa germana fueron substituídos por los de genuina cepa española.

La teoría del señor Encina acerca del fondo germánico del pueblo chileno, es más peregrina aún si consideramos el panorama étnico de la península ibérica. El fondo racial que da carácter y fisonomía a España, está constituido por elementos iberos, celtas, (quienes aportan el tipo rubio tan relativamente frecuente en las capas populares ibéricas), romanos, semitas, (fenicios, cartagineses, árabes y judíos sefarditas), bereberes, parientes de los iberos y vascos. Los germanos que se estable-

cen en los siglos V y VI, formarán la aristocracia feudaloides sobre el pueblo hispano, celtíbero en su mayoría, superficialmente romanizado. Y, pasada la Reconquista, que dejó raudales de sangre árabe y berebere, y también judía, en más de dos tercios de la península, no la abandona en el siglo XVI para venir a América; permanece en los puestos de comando de España y su actividad internacional se encauza hacia la consecución de la hegemonía en Europa. A América se dirigen los elementos populares desesperados por la miseria y la sujeción, los que se juegan el todo por el todo (campesinos humildes, cuidadores de cerdos, presidiarios, marinos, moriscos y sefarditas, temerosos de las medidas represivas de la Inquisición), deseando mejorar de condición social, y capaces de las mayores empresas a trueque de lograr riquezas y honores. El valor, la codicia y la crueldad, forman el simple andamiaje psicológico de estos conquistadores, sin el menor freno que provenga de la cultura o de la moralidad, y que se manifiesta a cada instante, en contra de los aborígenes y de sí mismos. Lo germánico que pueda existir en la masa peninsular, en todo caso, es muy inferior a los anteriores aportes y es imposible que la reducida cuota entre los que vinieron a América y Chile, pueda ser tan importante como para influir y determinar nuestras modalidades raciales e históricas. Basta observar el tipo nacional corriente para darse cuenta que su germanismo es producto de un «estado delirante». El propio señor Encina, descendiente de castellanos y franceses, presenta un marcado tipo étnico mediterráneo, mientras que su fantasía es más bien de tipo árabe-semita.

Con esta adhesión a las teorías racistas indicadas se relaciona su simpatía por la filosofía irracionalista de Bergson, quien afirma que, únicamente, la intuición puede entregarnos la total posibilidad de aprehender la realidad. De aquí saca el señor Encina su ilimitada confianza en la intuición como método para lograr la resurrección del pasado y para comprender

las acciones y móviles de los personajes. Y en este terreno es evidente que el señor Encina abusa en forma desmesurada. Analiza con impresionante seguridad el subconsciente de numerosos hombres y conoce claramente los «avisos de la sangre» de muchos otros; traza extensos retratos psicológicos, que, a menudo, son meros pretextos para sus desbordes intuitivos. De tal modo se acumulan las páginas que se leen con agrado, pero que nada sólido dejan en el ánimo, salvo el amable recuerdo de su fantasía.

Su adhesión a los racistas y a Bergson lo lleva a admirar a Spengler, cuya influencia directa, y a través de Alberto Edwards, es palpable en la obra del señor Encina. Spengler aplica en su concepción histórica, la psicología irracionalista bergsoniana y un marcado materialismo biológico, al dividir el proceso histórico universal, arbitrariamente, en culturas separadas y éstas sujetas a un proceso biológico. Dicha teorización es atrayente por la elocuencia y los mitos que forja. El señor Encina, precisamente, no sólo reproduce la particular terminología spengleriana, sino que levanta innumerables mitos, que enredan y oscurecen el devenir histórico nacional, sobre todo cuando disminuye y rebaja a determinados personajes para exaltar y endiosar a otros. En concepto del señor Encina, los santos de su devoción: Portales, Tocornal, Prieto, Montt, Varas, etc. son todos genios o semigenios y, al revés, quienes prococan sus antipatías, infaliblemente los hombres de ideas democráticas, son «desconformados cerebrales, histéricos, turbulentos, tarados mentales, violentos, agraviados, miopes mentales e hipocondríacos». En el endiosamiento de Portales-Montt y en el aniquilamiento de Pinto, Infante, Lastarria, Pedro Félix Vicuña, Bilbao, Barros Arana, etc., por odio frenético al movimiento democrático, que fluye anexo y en oposición al dominio de la aristocracia conservadora, y al que ni siquiera le reconoce un modesto papel de acicateador de la pacata y estática clase con-

servadora, no es más que altavoz, con mayor caudal fraseológico, de Alberto Edwards y los historiadores reaccionarios.

El señor Encina ha acusado a nuestros historiadores de concederle una exagerada importancia al desarrollo político y que han dejado «en los demás aspectos de la evolución social, lagunas que hacen difícil su aprehensión». En verdad, colma este vacío y agrega excelentes capítulos sobre la evolución social, económica y educacional del país, en cada período enfocado. Es indudable que los factores económicos y sociológicos tienen una importancia decisiva en la constitución y marcha de la historia; pero, don F. A. Encina, no establece una conexión estrecha entre el proceso económico, que tan precisamente reseña, y la acción política, para darle un fundamento sociológico al proceso histórico. Prefiere considerarlo determinado, en forma decisiva, por los escurridizos factores de raza y sangre y los psicológicos. Le da una importancia primordial a los fenómenos políticos y éstos se hacen y deshacen de acuerdo con la acción de individuos destacados, que se unen o dividen según tengan su psiquis normal o sean desconformados cerebrales; según sean castellanos-godos o vascos advenedizos. De esta suerte aclara, según él, asuntos que se tornaban ininteligibles en manos de los historiadores del siglo XIX. No obstante, los aprovecha abundantemente y las huellas de su copiosa producción están, con frecuencia, patentes en sus volúmenes, y, en especial, la del monumental Barros Arana.

Por otro lado, los utiliza atacándolos, que es una hábil manera de hacer historia novedosa; sobre todo, si quien lleva a cabo el ataque no reinterpreta a fondo, con una concepción totalmente opuesta, el proceso histórico nacional. F. A. Encina emplea con largueza los materiales acumulados, y las sugerencias, de Ricardo Latcham, Max Uhle, Tomás Thayer Ojeda, Julio Alemparte («El cabildo en Chile colonial»), Domingo Amunátegui, FeliúCruz, Ricardo Donoso, etc. Algunos de ellos son citados, otros no. Así, por ejemplo, el señor Encina

reivindica generosamente el régimen colonial español. Ya había verificado una obra similar, en forma constante, el señor Domingo Amunátegui, basándose en el estudio de la Legislación de Indias. Don F. A. Encina vuelve a realizar esta tarea. Consideramos justo reivindicar a España en el sentido que su régimen implantado no fué inferior ni distinto frente al de los demás países colonialistas. Pero de ahí a destacarlo como un modelo de justicia y progreso, es engañar por pasión partidista. Es más justo describir objetivamente la realidad demostrando el desacuerdo palpable que existía entre ella y la legislación, avanzada en la letra, aunque sin aplicación efectiva, y caracterizarla como propia de un régimen universal, de estructura feudal-absolutista, penetrado por la exasperada codicia del capitalismo naciente y cuyo propósito era vivir a costa del saqueo sistemático de los territorios dominados y cuya organización práctica constituía una perfecta maquinaria para explotarlos.

Esta reivindicación del régimen colonial español, guarda estrecha conexión con el ataque sistemático a los padres de la patria, quienes, en su mayor parte, educados fuera del país en el ideario liberal, ansiaban sacudir el peso del colonialismo hasta enfrentarse con los chapetones y los mayorazgos criollos. Estos padres de la patria, de ideas liberales, son masacrados en copiosas páginas por «ilusos» y «tarados mentales».

Posteriormente, a comienzos del régimen republicano, experimentan igual suerte los pipiolos y, a continuación, todos los personeros adeptos al ideario democrático y libertario. Los hombres que defienden estas posiciones son «ideólogos», «soñadores», «deconformados cerebrales», que vivían en estado delirante, verdaderas excrecencias del desarrollo nacional. No se les reconoce ningún papel en el curso del devenir nacional, a pesar de que, a menudo, enfoca el papel negativo de la aristocracia por indolente, incapaz y egoísta, condiciones que indignaban al apacible Andrés Bello. Este movimiento democrático

puede ser estimado de importancia en su papel de inquietador y estimulador del proceso de progreso y democratización del país; pero el señor Encina no lo entiende así y nada le reconoce.

Es por esto que la obra del señor Encina, tan interesante y atrayente por motivos de estilo, espíritu contemporáneo, y soltura de interpretación, es, al mismo tiempo, extremadamente peligrosa, a causa de la fantasía que abunda en sus páginas y por su reiterativo afán de desprecio y condenación de las ideas y actitudes liberales y democráticas. En este aspecto es un verdadero arsenal histórico de la reacción nacional, estrecha y miope, que bloquea el progreso del país al impedir el desencadenamiento libre de todas sus fuerzas materiales y espirituales avasalladas, en gran parte, por los privilegios y las injusticias que ella mantiene intransigentemente.

